

II.

II. “LA BARCA DE SIMÓN”

(Lc. 5, 4) (Mc. 4, 1)

Estaba Él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre Él para oír la Palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y lavaban las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro y echad vuestra red para pescar. Simón le respondió: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra echaré las redes.” Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. (Lc. 5, 1-6)

Era temprano, en la mañana, cuando Jesús en la orilla del lago de Tiberíades se sintió rodeado de tanta gente que se le hacía imposible comunicarse con ellos. Las barcas habían regresado al amanecer y los pescadores estaban repasando sus redes, remendando las rupturas, preparándolas para una nueva tarea en la próxima noche. Todo el mundo sabía que durante el día los peces navegan en profundidad, lo cual hace imposible pescar.

Jesús dio una mirada a las barcas tranquilas, solitarias, alineadas a lo largo de la orilla rocosa del mar. Tuvo una idea: ¡Les hablaré desde una barca! Quiero ver a todo el mundo de frente. Ya conocía la barca de Pedro y la eligió: “Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra.” (Lc. 5, 3) Ahora veía cada cara de sus oyentes; los jóvenes con los pies en el agua; los adultos sentados sobre las rocas o de pie. Formaban una gran barrera de simpatía y de amor, deseando escuchar al maestro. También hacían preguntas; pedían aclaraciones. Lucas no nos informa acerca del tema de ese día, pero seguramente fue una larga lección, mientras el sol subía en el horizonte y se hacía abrasador. La tarde iba avanzando y nadie se movía. Jesús tuvo que despedir a la gente.

“Cuando acabó de hablar dijo a Simón: Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar.” (Lc. 5, 4) Fue una sorpresa, la luz era todavía muy fuerte; no había ambiente propicio para capturar peces. “Simón le respondió: Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada.” (Lc. 5, 5) Pedro hablaba con la seguridad de un experto, mientras Jesús parecía un turista. Habría podido añadir: ¿qué esperanza podríamos tener de agarrar peces con esta claridad a media tarde? pero, se detuvo. Él también había escuchado el discurso de Jesús y sabía que detrás de cada una de sus palabras había un misterio. En una parábola había dicho que los pájaros del cielo no siembran ni cosechan, sino que el Padre celestial los alimenta. Además, fíjense en los lirios del campo; no pintan ni tejen y, sin embargo, su vestido es más brillante que los tejidos del rey Salomón. Pedro se detuvo para pensar. ¿Qué significarían estas palabras? Jesús tenía esta extraña costumbre de interferir con los sencillos trabajos de la gente. ¿Qué querrá de mí?

Entonces añadió, “en tu palabra, echaré las redes.” ¿Era un acto de confianza o un desafío? Era una frase sencilla; sólo aparentaba ser un acto de amable condescendencia pero, al pronunciarla, advirtió que significaba más de lo que él pretendía; algo que le daba un sentido extraordinario: “en tu palabra.” Se dio cuenta que al apelar a su palabra, comprometía su verdad; su enseñanza entraba sin advertirlo en el plan misterioso de su actividad. Adivinó que Jesús había entrado con fuerza en su vida, alcanzándolo en su exclusiva y privada tarea de pescador. Empezó a ver que nada casual estaba sucediendo. Primero, querer entrar en su barca; luego, el gran discurso desde allí, a la gente agazapada entre las rocas y, por último, querer ir mar adentro para pescar. Pedro captó la secuencia, la presencia de una intención, a pesar de que no podía descifrar su contenido. ¿A dónde querrá llegar?

Pedro intuía que todo estaba dirigido hacia él y que el maestro se iba apoderando de él, hasta lo más íntimo de su ser. Pedro era el pescador profesional. El conocedor del lago, de los peces, de las bonanzas, de las tempestades y de las trampas que podían sorprender a los pescadores. Ahora, Jesús lo aparta, situándose Él en el medio. Dando órdenes para pescar. Aquello, que a la primera no era más que una sospecha, se cambió de repente en una realidad clamorosa. “Y haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que

las redes amenazaban con romperse.” (Lc. 5, 6) Pedro se sintió atrapado por su propio juego. En cuanto a sus conocimientos religiosos, él era discípulo, el ignorante, y Jesús el maestro que lo iluminaba pero, en cuanto a la pesca, él podía aportar sus conocimientos y sus productos. Ahora resultaba que él tampoco sabía nada de peces ni de pesca.

El maestro era maestro en todo. Pedro se sintió acorralado, amenazado, traicionado y vencido. Todavía no había podido apreciar la cantidad de peces que habían entrado en la red. La primera medida fue la de llamar a los compañeros de la otra barca para aligerar la carga que se preveía excesiva. Empezaron a descargar los peces en las dos barcas. En silencio, iban recogiendo de la red para vaciarla. Parecía que nunca se terminaba. Un silencio lleno de estupor. Parecía que cuanto más extraían peces de la red tanto más éstos crecían. Las dos barcas ya se iban llenando hasta la orilla y, todavía, la red seguía arrojando más peces. Ahora las dos barcas estaban llenas y el nivel de flotación se acercaba peligrosamente a los bordes.

A la sorpresa repentina había sucedido una alegría casi frenética pero, cuanto más se cargaban los pescados a las barcas, el fenómeno iba manifestándose en su imponente dimensión. Sólo quedaba gritar al milagro. En la alegría se infiltró un temor que creció y se volvió espanto. ¿Quién tendría tanto poder sobre los peces del mar? Pedro miró a los hijos de Zebedeo quienes venían en la otra barca. El signo del poder divino era evidente. Pedro, el discípulo, veneraba a su maestro, pero Pedro el pescador estaba horrorizado por esa fuerza divina que él no había invocado, que se infiltraba en sus dominios, que se le había impuesto sin que la hubiera pedido ni deseado. Al ver aquello, Simón Pedro, cayó de rodillas delante de Jesús, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy hombre pecador.” Esto les había pasado ya a los habitantes de Gerasa. Viendo al hombre sanado de los espíritus malignos, y viendo los demonios empujar los puercos hacia el agua, le rogaron a Jesús que los dejara y se fuera a otra parte. El mismo terror sacudió a Pedro y a los demás de las otras barcas.

“Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado.” (Lc. 5, 9) Un abismo de misterio se había abierto ante sus ojos. ¡Tantos peces! No eran un regalo sino una amenaza. La

amenaza de lo desconocido, de las posibilidades infinitas. ¿No habían asistido a las bodas de Caná cuando Él cambió el agua en vino? ¿No fueron testigos Pedro, Andrés y Juan cuando tomó la mano de la hija muerta de Jairo y le dio vida al instante? ¿No había Él increpado al demonio del hombre de la sinagoga y no habían visto el demonio salir de él sin hacerle daño? Pedro todavía se resistía a creer. ¿Crear en qué? ¿Era el Señor, el mismo Dios como cuando se presentó a Abraham en el encinar de Mambré? ¿Cuando Sara incrédula se rió detrás de la cortina de la tienda? ¿Cómo puede Dios estar con nosotros, ahora que está sentado en la barca como un visitante cualquiera? La mente de Pedro hervía y su corazón estaba frío como el agua. ¿Qué significa seguirlo a Él? Volvió a mirar a Jesús. Estaba allí, sobre un rollo de cuerdas, como si no hubiera pasado nada. ¿Estaba abstraído o rezando? Nadie se atrevía a hacerle preguntas. Los barcos se movían despacio hacia la orilla, con cautela, por la carga excesiva. ¿Qué sucedería después?

Pedro tenía la sensación de que el tiempo no pasaba, ese tiempo que se hacía tan largo, y las aguas del lago tan tiesas e inmóviles como nunca. La borrasca estaba dentro de él, pero sus defensas se iban desmoronando. Hasta su suegra estaba del lado de Él, incondicional, después de que le había liberado de aquella molesta fiebre que la dejaba exhausta. Lucas aquí hace un corte y se calla. No nos dice qué pasó en este corto recorrido, que no eran más que pocos centenares de metros, y que las barcas recorrían con exasperante lentitud. ¿Seguía Jesús en su absorción mística? Había tantos pescados que sacudían sus escamas plateadas al sol del atardecer. Nadie podía fingir que los ignoraba, que era el producto de una pesca normal.

Pedro miró a Jesús una vez más. Este silencio le resultaba más insoportable que una bofetada. ¿Qué haría? ¿Abandonaría al maestro y recuperaría su puesto de hábil pescador, dueño de su barca y del mar? Ya se había trabado una amistad. Estaba en la misma barca. ¿Quién era el dueño ahora? ¿Él o Jesús? En realidad no se trataba de la barca sino de sí mismo. Pedro vio que no le quedaba otra alternativa: huir o rendirse pero, ¿qué significaba rendirse? Aparentemente, Jesús se veía como otro hombre cualquiera y, de repente, mandaba a los demonios, los peces, la muerte... y todos le obedecían. Estar en sus manos era como abandonarse, anularse, dejar de ser uno mismo. Pedro

se sintió de repente más perdido que nunca. Vio que sus fuerzas para resistir se habían agotado. Jesús había crecido delante de sus ojos, su figura se elevaba hasta tocar el cielo; ya no podía distinguir entre Él y el Padre celestial.

Hasta sus pecados, que él había levantado como un muro de piedras para defenderse, se habían desmoronado, licuados entre esta agua muerta que lo acompañaba. No quedaba más que recibirlo... escucharlo. Entonces, vio claramente que la pesca había sido un signo pero, ¿signo de qué? Por fin Jesús volvió a hablar y contestó a su pregunta. ¿A cuál de ellas? A todas de una vez. Jesús dijo a Simón: “¡No temas, desde ahora serás pescador de hombres!” (Lc. 5, 10) Ahora que te has rendido, ahora que ya no tienes escape, que ya no eres dueño ni siquiera de tu vieja barca, todavía serás pescador. Todos estos pescados que agarraste son el signo. El dueño del lago, del océano, el dueño de todos los peces del mundo estará contigo en tu pequeña barca, pero la pesca se hará entre todos los pueblos; no sólo en la fiel Galilea, ni en Judea, ni en Siria o Egipto. El mar no tiene límites, los peces son infinitos. No será para darles muerte, sino vida... una nueva vida.

Pedro sintió como que un viento fuerte que lo arrastraba, por encima del mar y de la tierra, más allá del tiempo. Se había perdido en Él, pero en Él había encontrado el Reino. Miró hacia atrás a su antigua vida; ahora le parecía vulgar, insignificante, un juego de niño. La realidad con Jesucristo, la veía como una operación de rescate. Con Él nunca se sentiría solo; habría bonanzas y borrascas, la imagen de la barca no desaparecería pero serían otros mares y otras lenguas, otras personas y costumbres. A través de ellas se interpretaría la fe. Se encontraría para cada uno el camino hacia Él. El episodio, según Lucas, se sintetiza en dos frases. La primera es un recuerdo. “Llevaron a tierra las barcas.” (Lc. 5, 11) En el teatro cae el telón, sobre la representación. Los actores se presentan a las candilejas, todavía ataviados, disfrazados para un rol cualquiera. En realidad, son auténticas personas, sonrientes, contentas por el éxito y los aplausos. Agradecen el reconocimiento y la simpatía del público. Todos han regresado, disponiéndose a repartir la pesca en canastos.

Las barcas se detienen. Ya han navegado; a veces de prisa, otras, despacio, seguras o en peligro. Han realizado una epopeya, pero el destino de cada

barco es el de regresar algún día a la playa. Ahí quedan ahora las dos barcas; abandonadas, solitarias y vacías. Son las que se habían cargado hasta rebosar de los pescados milagrosos. Ahora quedarán en el olvido, como marionetas o actores teatrales que han cumplido con una representación. Siempre han representado otras cosas u otras personas, nunca a sí mismas. La segunda frase, al contrario es una explosión de fe: “y dejándolo todo, lo siguieron.” (Lc. 5, 11) No hubo palabras. Sólo una secreta voluntad de perseverancia. Dejándolo todo: la gran montaña de pescados plateados, ya con reflejos de estrellas; el mar, que se estaba hundiendo en la oscuridad, los barcos silenciosos, las redes, el trabajo, el peligro, las extenuantes esperas nocturnas, las casas, las familias, los amigos conquistados en las tempestades. Todo quedaba atrás. Él lo había dicho claro: “las aves poseen un nido, las zorras su madriguera”, pero el hijo del hombre no posee una piedra para reclinar su cabeza.

“Y lo siguieron.” La gran incógnita, abría una estela en el mar de la vida; lo siguieron por qué Él iba primero. San Pedro revolvía dentro de sí mismo la enseñanza de aquella larga predicación. Afortunadamente, (Mc. 4, 1-4) San Marcos conservó el contenido del discurso de aquella gran jornada. Las sorprendentes parábolas que mantenían en vilo la atención de la gente: extasiados, ansiosos para adivinar el significado oculto. Pedro seguía reflexionando sobre la esencia de esta misión: sin duda el centro era la palabra. Esa terrible palabra, que aún hacía milagros cuando nadie los pedía. A pesar de ello, era posible resistirle “y otros granos están sembrados entre los abrojos.” (Mc. 4, 18) Esto parecía referirse directamente a él. ¡Cuánta oposición, resistencia, duda y cavilación encontraba dentro de sí!

“Son los que oyen la palabra, pero las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas, los invaden y ahogan la Palabra la cual queda sin fruto.” (Mc. 4, 19) ¿No sería este un fiel retrato de su propia conciencia? No se le dejaba escapatoria: o serle fiel hasta el final, o dejarlo ir y cerrarse a la invitación. Las canastas llenas de pescados y alineadas al borde del agua, hablaban por sí mismas. La palabra se había transformado en pescados que nadie había deseado pero la palabra estaba ahí, esperando que alguien la recogiera. Pedro sintió que su sangre se rebelaba. Repetía dentro de sí: los abrojos, las preocupaciones del mundo, las seducciones, ahogan la palabra. ¿Alguien podría detenerla? Ella

obraba con su poder autónomo. Nadie podría detener el plan que Dios había trazado para su Mesías.

Recordó otro detalle de aquella larga instrucción: “Como un grano que el hombre echa en la tierra y luego se le olvida. Duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que sepa como” (Mc. 4, 26-27) ¡Seguro!... conmigo, o sin mí, Él logrará su misión y la Palabra crecerá, multiplicada por infinitas generaciones. Comprendió que su sacrificio no tenía nada de heroico. No sería él quien se haría cargo de servir a la Palabra. Ella transmitiría su vida, aún sin él. Se sintió miserablemente inútil y pequeño; sin embargo, a pesar de esto, había sido llamado. Comprendió que el atributo correcto era de “elegido”; escogido entre miles, incorporado al equipo de la siembra, sin mérito ni dignidad.

En silencio, Pedro distribuyó las canastas a mucha gente que también las recibían en silencio, con un respeto religioso, como si se tratara de un acto de culto en el templo. Cuando se quedó con la última, ya era noche oscura y Jesús ya no estaba. En Cafarnaúm, los fuegos se iban extinguiendo uno tras otro. Las casas formaban una masa negra, impenetrable. La luna baja, diseñaba a lo lejos el perfil ondulado del monte Tabor. Allá arriba estaría el Señor, orando. Mañana, al amanecer, descenderá de la montaña y emprenderá su camino hacia otras poblaciones de Galilea y, nosotros, Juan, Andrés, Santiago y yo, le seguiremos. Su Palabra será nuestra palabra... para siempre.